

J.A. González Casanova

CON EL PASO
DEL TIEMPO

DEL SENTIMIENTO AL SENTIDO

ÍNDICE

<i>Justificación</i>	7
I. RECADO DE ESCRIBIR	
Lo que no pasa	17
El disparo de Larra	20
La destrucción del lenguaje	21
Thomas Mann y el oficio de escritor	24
La ciencia política de Gulliver	27
Nuestro Quevedo	29
Acceso a Carl Schmitt, concretamente	32
Tres lecturas y un mito	37
I. Melville y el Leviatán	37
II. James Joyce y la Dublín celeste	40
III. Virginia Woolf entre las olas	43
Ramón Sender o el exilio y el reino	46
José Bergamín, a vista de pájaro	48
Graham Greene: el escritor es un espía	50
El escritor y la guerra	52
El colectivo Jesús Lizano	54
Foucault, «le fou»	56
El júbilo de Jorge Guillén	58
De lo pintado a lo vivo	60

II. CONSTRUIR LA CIUDAD	
Crónica de un estado personal	65
Ánimo, valor y miedo	67
El Dios ibero	70
¡Detened al terror!	72
Año igual, palabra nueva	74
Juan Carlos y Felipe	76
Vila Abadal: socialismo y arraigo	78
La respuesta de Ramón Jurado	80
Con el alma llena de banderas	82
El mito de Sísifo y la izquierda	84
Marx, profeta de la liberación humana	85
Mientras tanto	88
Los movimientos radicales	89
Esperanza más allá de la década	91
Pensemos algo nuevo	93
III. UNA VIDA SOÑADA	
Una vida soñada	99
Energía y conciencia	101
El estado naciente	103
El miedo al miedo	105
Bajo el signo de Géminis	107
La seducción	109
Reflexión en el jardín	111
El recuerdo y la memoria	112
Imaginación y fantasía	114
Ideología y utopía	115
Soledad solidaria	117
A años luz	119
Donde menos se piensa	121
El rostro humano de Dios	123
Oficio de difuntos	125
«Sol, solet...»	127
El comienzo de una bella amistad	129
Ternura entre hombres	131
La mujer destruida	132
La revolución de la mujer	134
El mañana es andrógino	136
La hora de los abuelos	137
Año viejo, año joven	139
Carnaval bajo el signo de Piscis	142

IV. «DE AMORE»	
Hablemos de Eros	147
I. Compañeros de juegos	148
II. Espejos de lo imposible	150
III. Rostros del más allá	152
Las desventuras del joven Goethe	153
Historia de «la Osita» y «el Lobo»	155
Un viaje de Pla	157
El divorcio de las almas	160
Cantos de sirena	162
Morir de amor	164
Del amor al mar	166
V. ETERNIDAD DEL ARTE	
¿Para qué sirve el arte?	171
De Bach a Berg	173
El niño Mozart	175
Recordando a Gershwin	178
La música del futuro	180
Alella, Dionisio, Alejandra	182
Con un aire de Casas	184
El tiempo y «Las Meninas»	186
Mis tres amores del Louvre	187
La luz del tiempo pasado	189
El cine de ayer	191
Retrato interno de la familia	193
Romy, «ma cousine»	196
Con el paso del tiempo	199
¡Empieza el espectáculo!	201
Ser o no ser	203
La paradoja del comediante	205
La nariz de Cyrano	207
VI. LOS ENCUENTROS	
Siempre en Galicia	213
Vivas sombras fraternas en Menorca	216
Lo cortés y lo valiente	218
¡Forza Italia!	220
¿Qué pasa en Rusia?	222
El estado de la Unión	224
Dos siglos de Port de la Selva	226
Una ruta viscontiniana	227
I. En la isla de Ludwig	229

II. Viena fue así	232
III. Junto a la tumba de Mahler	234
IV. Venecia, mar allá de la nada	236
VII. RETORNO A LAS FUENTES	
Guillermo, el «anarco»	241
La isla del tesoro	243
Robin llama a Clorinda	246
La vuelta del «Coyote»	249
Escribo sobre la primavera	251
El padre Joaquim Julià, S.J.	253
El paraíso inocente	255
La infancia de «El Ciervo»	258
Mi promoción del 57	260
De todo hace veinticinco años	262
Tal como éramos	264
Una generación fraterna	266
Alfonso Comín, mi amigo	268
La esperanza de Comín	271
Carta a Alfonso Comín	273
VIII. DOCE ÚLTIMAS CARTAS	
Carta a un estudiante	277
Carta a un periodista	279
Carta a un astrólogo	280
Carta navideña a un amigo	282
Carta a un rey mendigo	283
Carta a una máscara	285
Carta a un preso evadido	286
Carta a una mujer trabajadora	288
Carta a un madrileño	289
Carta a un dador de su cuerpo	291
Carta a un extraterrestre	292
Carta a un niño de cincuenta años	294

JUSTIFICACIÓN

Durante años, mi tarea de mayor constancia ha sido vivir y estudiar la Política en sus varios aspectos; lo cual me ha llevado, casi siempre, a cumplir el recado de escribir sobre ella. Mi destino (es decir, lo irremediable) parece, pues, confundirse a menudo con el oficio del escritor que sirve a esa misteriosa vocación humana de construir reiteradamente la más amplia y mejor Comunidad.

Por tener la Política tanta similitud con la arquitectura, mi pensamiento se ve sometido a la racionalidad ordenadora, ya que ésta, cuando argumenta y polemiza sobre un proyecto, sabe que sólo vence si convence y que sólo convence lo que es razonable. Sin embargo, nunca pude eludir el sentimiento en la pasión razonante, porque, como recuerda Agnes Heller, sentir significa *estar implicado en algo*. ¿Se puede participar en la construcción de la Política si no lo pide el cuerpo del deseo, si no soñamos despiertos una Ciudad ideal o si no nos conmueve el dolor de la que habitamos? Frente a la *pasión* racional que, gracias a la pasividad del ánimo, ironiza y se distancia del objeto para construirlo con objetiva justeza, el sentimiento es activo; supone una re-acción de la sensibilidad que implica al sujeto en el objeto mismo. Si la razón es capaz de imponer al pensamiento político un orden armonioso que, al menos, permita la coexis-

tencia pacífica entre humanos, se lo debe a la emoción de lo sensible, raíz de una ética de lo razonable.

Los escritos que reúne este libro —casi todos publicados, entre 1971 y 1987, en diarios de Barcelona— tienen como lazo mi sentimiento ante la vida del mundo: *mi* mundo, el *nuestro*: único, universal y... político. Cumplo así el antiguo deseo de sumarlos, juntos, a otros libros que contienen trabajos de clara intención ordenadora de la Política o de su análisis. Pero los de ahora ya no pretenden convencer o «hacer creer», sino tan sólo conmover y mostrar, desnuda, mi creencia: aquel sentimiento originario que, desde la infancia, me condujo a luchar por la paz, la libertad y la justicia humanas; a soñar paraísos de fraternidad o a descubrir en el alma diaria de la gente una inmensa energía que alguien depositó en nosotros para renovar la vida común y hacerla algo más sabia y feliz.

En realidad ha sido la propia crisis sentimental de nuestro tiempo la que provoca mi necesidad de comunicar públicamente tal sentir. La cultura democrática y la civilización de la modernidad, cuando han llegado a España (en parte por un combate político al que nunca negué dedicación), han puesto de relieve, muy pronto y por desgracia, un pragmatismo cínico que busca enriquecerse con dinero o poder; una sangre fría que, más que fría, es gélida; y un desencanto escéptico. Todo lo cual explica perfectamente la actual desconfianza hacia los sentimientos. No he de negar mi miedo a que tal actitud mayoritaria me tache de ingenuo neorromántico o de exhibicionista de vivencias triviales, casi cursis. He de advertir, por tanto, que en estos escritos «sentimentales» no me he propuesto hablar *de mí*, sino *desde mí mismo*; comunicar una intimidad que creo común y universal; crear una corriente de sentimiento en la que el mío implique en el suyo a quien tal vez lo desconoce por incomunicado.

Mientras en la comunicación que teje el texto de la Política, uno debe ponerse en el lugar del otro para que sea así más razonable y autorizada la propia postura, en la comunicación que hila un *sentido común*, núcleo simbólico de la comunidad humana, hay que situarse en el fondo de sí para ponerse de acuerdo —de corazón— con los demás. Y eso es, me parece, lo más cuerdo, lo de mayor sentido. El corazón será, al fin y al cabo, el lugar del encuentro interhumano, el espacio que va *del senti-*

miento al sentido, y, en ese espacio, la creencia que sustenta la cordialidad, la fidelidad a ésta y la con-fianza en el futuro son tres formas de fe iluminadora del camino común que transita de un corazón a otro y que conduce al reencuentro con nosotros mismos.

¿Por qué hablar tanto de sentimiento? Confieso que comparto esa herida del tiempo que es la melancolía. ¿Quién no la ha sentido? Habitamos un mundo incierto, carente de claras perspectivas y sin posibilidad aparente de cambios relevantes. Se ha decretado la muerte de la Historia, después de la de Dios o de la clase obrera. Si la melancolía es, de nuevo, el mal del siglo y si aumenta el número de los deprimidos ¿no se debe quizás a que se han cortado los lazos simbólicos? Una sociedad y una vida fragmentadas provocan, si no agravan, la dualidad psíquica que vive el deprimido. Ahora bien, ¿no es el estado melancólico la condición íntima y más sentida del pensamiento, y no es la neurosis una forma de rebeldía, una protesta inconsciente del sistema nervioso contra la personalidad inhumana que nos impone una civilización dejada literalmente de la mano de Dios o de los dioses? El ser humano es un ser deseante e intencional, que se orienta por el futuro y que siente nostalgia de él. La melancolía debiera llegar a ser en nosotros lo que ya es en sí misma: una virtud reflexiva y desengañada, que nos trae, de la mano del viejo dios Saturno, del padre Tiempo, la sabiduría que surge de la tenaz renovación del alma por el retorno a su centro. El sentimiento melancólico no ha de ser un sentir que colapse la acción y que se fugue, sino una reacción que se enfrente al fantasmal vacío que nos cerca, a la «falta de sentido», y que repare esa falta recuperándolo.

Mi ingenua ambición ha sido, ciertamente, recuperarlo por escrito a partir de mi experiencia vital, cultural y política, que es, en el fondo, una sola experiencia. Para mí, «sentido» es aquello que el alma retiene de lo que pasa con el paso del tiempo y que es, justamente por ello, *lo que no pasa*. La eternidad no es cosa del «otro mundo» sino la más profunda dimensión de éste: es el *centro* de aquel ámbito de encuentro (cordial, interhumano, raíz de lo político) que, al ser más hondo, es más amplio y crea, por serlo, una nueva conciencia o saber común; la cual, al abrazar las muchas cosas que aparecen como antagónicas en

nuestra cultura, puede resolver algunos graves conflictos que nos dividen y enfrentan. No pienso en una ilusoria superación de los contrarios, sino en una audaz e ilusionante conjunción de los mismos en el alma de cada uno, alma del mundo. Por otra parte, y por ser el centro un puro *círculo*, simboliza la unión en la que pueden soldarse los rotos fragmentos de una vida y una sociedad divididas, y simboliza no menos al *símbolo* como tal: esa pérdida incalculable de nuestra civilización, aquel antiguo anillo que se daban, partido, quienes, al partir, se separaban, para que, en el futuro, pudieran reencontrarse, pese al paso del tiempo, reconociéndose como partes de un todo.

Si, como —eterna— canta una canción que es mito, lo esencial se revela con el paso del tiempo, estos años de lucha, de ciertos desencantos y de no poca melancolía, me revelan —en hechos y personas, viajes y lecturas, arte y evocaciones— lo que de poso dejó lo pasado, lo que en definitiva creo y me conmueve y cuya revelación quisiera compartir, por si alguien, con ella, confirma la suya o acoge sin recelo otras epifanías. ¿Será al cabo mi intento como un soñar despierto? Pudiera serlo, mas, ¿no es un sueño la vida y acaso no estamos hechos de tal leve materia? A veces es el propio soñar el que despierta. Despierta un infinito deseo de lo que no tiene fin, y a eso se debe, sin duda, el que no le puedan quitar al ser humano el dolorido sentir si antes no le quitan el sentido. La tarea fundamental de nuestro tiempo es descubrir el que aún tiene y preservarlo. De él manará la fuente inagotable de un sentimiento herido por el dolor del mundo que nos implicará, con activa esperanza, en su renovación.

A nadie extrañará que, en un libro como éste, exprese mi gratitud a unos seres que, con el paso del tiempo, fueron nutriendo mi fe y cuya amorosa amistad ha consagrado la muerte: Teresa Muñoz, Alfonso Comín, Glòria Miret, Anima Schmitt, Lluís Callejo, Alejandra Vidal e Ignacio de Otto. La que debo a otros muchos, que venturosamente viven, me atrevo a cifrarla en la que siento por el doctor Joan Palet i Martí. Su ayuda, sabia y cordial, durante nueve años, aún me acompaña en los pasos que van del sentimiento al sentido.

St. Feliu de Codines
2 de febrero de 1989